



MARINA TENA TENA

BRUJAS DE ARENA

Desde que la primera bruja derramó su sangre sobre la tierra, muchos años atrás, el desierto crece y devora los pueblos de los hombres. Grupos de cazarrecompensas persiguen y dan muerte a las brujas antes de que encuentren refugio en el corazón del desierto, donde la reina de las brujas ha establecido su corte.

Kilian no comparte el odio de sus vecinos por las brujas. Su madre fue una de ellas e Indivar, su hermana mayor ha heredado su magia. Los dos hermanos malviven en Fraguas, donde él se encarga de repartir agua. Su vida es tranquila hasta que llega un grupo de cazadores e Indivar desaparece. Incapaz de asumir la idea de perderla y de enfrentarse a la soledad, Kilian se interna en el desierto en su búsqueda. Allí, su camino se cruzará con el de Zoe, más conocida como el Perro: una bruja rechazada y temida a partes iguales con la habilidad de rastrear la magia.

«Brujas de arena» es una historia de aventuras y búsqueda, pero también de cómo hacerse más fuerte que la desesperación y el abandono y de cómo seguir adelante en un medio hostil. De querer y de crecer. Desierto, magia y pólvora.

Para mi padre, que me enseñó a ser valiente para travesar
el desierto.

«Cada uno de nosotros es un desierto».

FRANÇOIS MAURIAC

«Vete, pues, hay otros mundos aparte de este».

STEPHEN KING

*«Lo bello del desierto es que esconde un pozo en algún
lugar».*

ANTOINE DE SAINT-EXUPÉRY

Prólogo

Nuestro padre vendió a nuestra madre por un pedazo de tierra que nunca dio frutos.

–No salgáis del cuarto –dijo antes de cerrar la puerta.

Como si así no pudiéramos saber que la estaba entregando.

Indivar lloraba con los ojos abiertos y los dientes apretados. No quería ponerme a llorar como ella, ni derrumbarme al igual que nuestro mundo. Quería a mi madre y quería ser fuerte para poder salvarla, pero lo único que pude hacer fue frotarme los ojos con las mangas de la camisa y asomarme entre los postigos cerrados para poder verla.

Mi madre alzaba la barbilla. Temblaba, y el pesado sople de arena y fuego del desierto arañaba su cara, pero ella no dejaba escapar ninguna expresión. Mi padre estaba de espaldas, no podía verle la cara. «Ojalá tu cabeza reviente como un melón». Me froté los ojos de nuevo con la áspera tela de algodón de mi ropa desgastada. Los hombres tiraron de las cuerdas con las que ataban las muñecas de mi madre. Entonces ella clavó su mirada en mi padre.

Incluso yo sentí el disparo de odio quemar mis retinas.

Lo miró como se mira a la víbora que te ha mordido antes de apuntarle la cabeza. La empujaron de nuevo. Los hombres se movían en silencio, tratando de avanzar rápido. Evitando mirarla. Entonces ella escupió en la tierra que nunca dio frutos. La tierra por la que la habían vendido.

–Que esta tierra sea tu tumba, porque nunca te dará otra cosa que cadáveres.

–¡Cierra la boca!

La bofetada hizo que se le volviera la cara hacia mí y que las lágrimas se me escaparan de los ojos. De pronto era incapaz de seguir empujándolas hacia dentro con la tela de la camisa. Mi madre miró en mi dirección, como si pudiera verme a través de la oscura rendija de madera vieja.

–Nunca seas como los hombres.

La arrastraron al camino al grito de «¡Bruja!». Al grito de «¡Muerte!». Seguí mirando su espalda, sus rizos oscuros zarandeados por los empujones y por las uñas de viento del desierto que devoraba nuestros campos y nuestro mundo. Seguí mirando hasta que las calles la ocultaron.

Mi padre no siguió a la gente, se quedó quieto. A lo mejor también la miraba. En ese momento comprendí que mi padre solo era un hombre ruin disfrazado de hombre fuerte. Sus piernas empezaron a temblar. No quise ver cómo se derrumbaba, no quería sentir lástima por él. Quería que el odio me siguiese quemando siempre. Cerré los ojos con rabia y apoyé la frente en el marco de la ventana.

Indivar lloraba en silencio en la oscuridad del cuarto. La bolsa en la que nuestra madre había guardado lo imprescindible para huir estaba entre mi hermana y yo. La maldita bolsa que nuestro padre había visto demasiado pronto. No quería verla, ni quería ver a mi hermana mayor llorando. Por eso no abrí los ojos. También me llevé las manos a los oídos para no escucharla, para no escuchar los gritos que se regocijaban en la muerte de nuestra madre, ni los sollozos rotos del hombre que la había vendido.

«Quiero estar en el desierto», pensé. «Quiero estar muerto».

Apreté las palmas de las manos contra las orejas hasta que dejé de escuchar mi propia respiración manchada de lágrimas. A lo mejor, si me concentraba mucho, el mundo se desvanecería para siempre en esa oscuridad y ese silencio que suena como el viento acariciando las rocas.

«No quiero ser nunca uno de ellos».

Fraguas

Indivar dice que aún se acuerda de cuando la pradera rodeaba a Fraguas.

No sé si será verdad o no, porque mi hermana no llega a ser dos años mayor que yo y todos mis recuerdos saben al aire del desierto. Lo que sí recuerdo es el arroyo que una vez había sido un río: se fue haciendo cada vez más tímido, hasta que un día su voz se apagó del todo.

Ahora para llegar a la fuente vieja hay que seguir el camino empedrado de nuestro pueblo durante una milla. No todo el mundo tiene que hacer el viaje: hay casas que aún disponen de pozos con agua. Y también está la fuente en la plaza de Fraguas, como una lápida solitaria que se secó hace dos veranos. En invierno vuelve a dar algo de agua, «si las brujas andan lejos». Pero en cuanto empieza la primavera, y cada vez empieza antes, hay que ir a la fuente vieja. No está muy lejos, excepto para aquellos que tienen las piernas demasiado débiles para recorrer a pie ese trecho dos o tres veces al día cargando los recipientes con agua.

Así que los buitres sacamos provecho. Indivar me ayudó a adaptar la bicicleta para poder cargar con un buen depósito que compramos con la paga de dos semanas. Es uno de los baratos, que no mantiene fría el agua ni hace que el peso tire menos de mí hacia atrás en las cuestas de arena y piedras, pero no tiene fugas y nos vale.

Cuando amanece y el aire aún es fresco empiezo mis viajes. Hago tres, cuatro, a veces cinco. Por cansado que sea cuando el calor aprieta sin ninguna piedad, es mejor

que el trabajo en las minas de sal, de lo que malvive la mayor parte de Fraguas. Repartir agua no es tan duro ni tan peligroso. Al principio tenía que recorrer las calles ofreciéndola, pero ahora siempre encuentro vecinos esperándome. Unas monedas a cambio de agua. O algo de carne, verduras, harina... A veces, cuando Tina me mira con preocupación y súplica desde sus ojos rodeados de unas profundas arrugas, asiento antes de que me pueda pedir nada, con la mirada huidiza para no delatarme a mí mismo.

–Sí, sí, ya me acuerdo. Ya me lo dejaste pagado.

No me puede dar las gracias ni quiero que lo haga. Tina coge el agua con la cabeza gacha y al irse me mira con mil palabras brillando en los ojos. Indivar me ayudaba una de las mañanas que ocurrió, y me miró en silencio cuando empujaba la bicicleta de vuelta a casa. Al final me sonrió y nunca dijo nada.

Tampoco hacía falta.

«No seas como los hombres».

Adri también trae agua al pueblo. Al principio llevaba el recipiente enganchado de mala manera a su bicicleta. Algunas veces se le caía y, aunque no llegué a reírme, pedaleaba con más fuerza alzando la barbilla al pasar delante de él. A pesar de ser mayor que yo, me evitaba e intentaba que no coincidiéramos cogiendo o repartiendo agua a la vez. Supongo que porque yo le miraba como el ladrón que sentía que era. Hasta que Indivar le arregló la bicicleta para que pudiera cargar el agua como yo.

Esa mañana estaba tan enfadado... Era incapaz de creerme que mi hermana me traicionara así.

–Ya puestos podrías haberle dado mi bicicleta. Y si quieres le recomiendo su agua a todo el pueblo.

–Kilian, hay sed para todos.

–Pero poco dinero y aún menos comida.

–Sobreviviremos. Adri es un buen chico.

–Será que te parece guapo. –Me miró como si acabara de decir la mayor estupidez de la tarde. Luego sacudió la cabeza.

–Cuando empezamos a comer carne de perro dejé sueltos a los perros de caza de su padre. Se llevó una buena paliza. ¿Te acuerdas de eso?

–Sí –murmuré, sin querer ceder del todo.

–Es un buen chico. Y hay poca gente buena.

Mi hermana ayuda a John, el carpintero, cuando la llama. Indivar tiene una mente analítica y se le da bien montar muebles o arreglar cualquier cosa que se haya roto. Puso la luz en el sótano donde vivimos. Cuando no puede dormir, trastea con sus cables y su caja de herramientas. Y, las veces que se enfada, con su magia.

Detesta a John, aunque su hija sea una de las pocas personas en las que confía. Cuando tarda en llegar a casa sé que suele estar con Aldara, que vive en una casita diminuta pegada a la de su padre y lo ayuda a mantener la casa y el taller en orden. Aldara y John se parecen: altos, con el pelo tan rizado que ella suele llevar un pañuelo sobre la cabeza para que no se le encrespe y la piel oscura y brillante, pero su parecido acaba en lo físico. Ella es tímida e Indivar asegura que es muy divertida e ingeniosa cuando tiene confianza. John es estirado y seco, y tiene una merecida fama de arrogante. Nadie pone en duda que hace bien su trabajo, y solo unos pocos sabemos que gran parte del mérito es en realidad de mi hermana.

Podría trabajar sola, y ganaría más dinero, pero mientras más nos rodea el desierto, más supersticiosa se vuelve la gente y ya hay quien se queja de que una chica trabaje en cosas de hombres. Ella, más que nadie, tiene que mantenerse alejada de los rumores y de los dedos que buscan un blanco al que señalar. Indivar tiene que conformarse

con trabajar para John y hacerlo en silencio, sin demostrar lo bien que se desenvuelve cuando hay otros ojos mirándola.

Nadie olvida quiénes son los hijos de una bruja. No dicen nada, pero nos observan. En especial a Indivar, por supuesto. Así que ella deja que John se lleve el mérito sin rechistar, aunque a veces llega a casa y descarga golpes contra la almohada. Pero sin hacer mucho ruido.

El sótano en el que tenemos nuestro hogar es de Frank. Él es casi tan mayor como Tina, pero más seco y cortante. Tiene la piel morena, los ojos claros y un bigote fino ridículamente bien cuidado. A cambio de agua, la mitad de lo que ganamos en un mes bueno y entrar una vez por semana a su casa para limpiarla, nos deja vivir en este cuarto de suelo de tierra y con un tragaluz por el que se ven los pies de quienes pasan delante de la casa. Y tenemos que estar agradecidos porque no vamos a volver con nuestro padre y aún no tenemos otro sitio dónde vivir. Frank tiene los pies muy grandes y la espalda muy estirada. Mira al mundo con desdén, con los ojos siempre medio cerrados, como si en realidad no quisiera ver nada en absoluto. Indivar dice que es de esa clase de gente que aún no se ha dado cuenta de que el mundo se ha terminado.

—Se quedaría de pie en esta casa mientras se pudre. Hasta cuando no sea más que un montón de ruinas seguirá con la espalda igual de tiesa y mirará por encima del hombro a los gusanos.

Me río y le lanzo el pan, que ha pasado de estar duro a imposible de masticar. Mi hermana lo coge al vuelo. Ojalá tuviéramos un poco de leche de cabra en la que mojarlo, así esto se parecería un poco más a una cena.

—¿Y a ti qué te hace gracia ahora? —me pregunta, intentando partir el pan.

—Que siempre hablas como si fueras un juez.

—Ojalá lo fuera.

–¿A quién condenarías a la horca?

–A todos –sonríe divertida.

–¿A mí también?

–A ti el primero.

–Muy bonito.

–Eras un bebé muy llorón. No me dejabas dormir hasta que cumpliste los tres años.

–No te puedes acordar de eso.

–Tampoco es que hayas cambiado mucho.

Aprieto los labios y bajo la vista al roto de mis zapatillas. Voy a necesitar unas nuevas pronto, aunque no quiero deshacerme de estas, que logran mantener fuera el calor aplastante del verano. Pero la arena y los guijarros se terminan colando siempre y me arañan la planta de los pies. Indivar se acerca y se sienta a mi lado, sin llegar a tocarme. Sigo mirando la zapatilla e intento ordenar a mi cabeza que piense en una solución en vez de en mi hermana y en lo que ha dicho.

–Eh, lo siento. No me molestas.

No respondo. Sigo con los labios apretados y cambio de postura, apoyando los pies en el suelo. Mantengo la vista baja, esta vez en mis manos. Necesito cortarme pronto las uñas.

–A mí también me pasa. –Mi hermana mantiene el tono suave y paciente. Debe de estar realmente arrepentida.

–Mentira.

–No grito, pero también me despierto muchas noches por las pesadillas.

–No es lo mismo.

Ni parecido. Ya somos mayores para trabajar, para valernos por nosotros mismos. Voy a cumplir los quince años, algunos chicos de mi quinta hablan de empezar una familia. O lo harían si no fuera por el desierto, que nos cerca y devora poco a poco nuestra aldea. Y yo me despierto entre gritos y, demasiadas veces, con las sábanas húme-

das. Noto calor en las mejillas solo de pensarlo. Indivar lo sabe, aunque nunca diga nada cuando me levanto de madrugada y cojo la bicicleta para ir a lavarlas al pilar de la fuente grande.

Indivar sabe que lo que me sucede no tiene nada que ver con tener una pesadilla alguna vez, pero no entiende la vergüenza y la impotencia que siento al no ser capaz de controlar lo que para cualquier niño que empieza a andar ya no resulta un problema.

–Eras más pequeño y la querías mucho. Es normal, Kilian. Pocos niños pasan por eso.

–Tú también pasaste por lo mismo.

–Era algo mayor y estaba más preparada.

Me muerdo el interior del labio inferior en silencio, pensando, hasta que por fin me decido a alzar la vista para encontrar con la mirada los ojos oscuros de mi hermana.

–¿Por qué nunca me dijo nada?

–Tenía miedo de que se te escapase y la descubrieran.

–Pero no hicimos nada para salvarla.

–¿Y cómo podríamos haberla ayudado?

No hubiéramos podido. Lo sé. Pero saberlo no evita que se me revuelva el estómago. Me levanto, paso el paño humedecido por el plato de arcilla y me preparo para salir.

–Kilian, no te vayas así.

–Si me entretengo más va a caer la noche. Creo que me pueden salir cuatro viajes.

Me mira con expresión preocupada y algo que se remueve en el negro de sus ojos, más profundos que los míos. A veces pienso que es de esa oscuridad de la que saca su magia. Está muy dormida, la mantiene quieta, para que no se pudran las plantas o se descarguen tormentas. Solo cuando está realmente enfadada saltan chispas de sus uñas y da calambres cuando me toca.

–Siento haber dicho eso –se disculpa Indivar.

–No pasa nada.

–No es tan terrible tenerte como hermano, ¿vale?

Arrastro una carcajada casi silenciosa. Indivar sonrío. El aire pesa un poco menos cuando subo las escaleras, que crujen a cada paso. Algún día vamos a partirnos el cuello bajando al sótano.

Desato la cadena de la bicicleta y la empujo hasta el camino antes de empezar a pedalear. Espero a Adri a la salida del pueblo, de espaldas al aliento del desierto que se resiste a ceder al fresco de la noche. Mi compañero aparece al rato, con el pelo color café asomando de la capucha de su sudadera térmica. Sonríe y arquea las cejas, aunque una de ellas tenga una cicatriz que la cruza y se mueve menos que la otra. Le da siempre un aspecto irónico a sus sonrisas, aunque no lo pretenda.

–¿Llevas mucho esperando?

–No. Hacía calor todavía.

–Hace un bochorno insoportable. La gente tiene mucha sed los días como hoy. Yo creo que podemos dar cuatro o cinco viajes cada uno.

–Cinco es pasarse –respondo riéndome y empezando a pedalear.

–Podrían salir, ya veremos. –Adri pone su bicicleta a mi lado.

El camino es fácil ahora que no vamos cargados. Las idas las disfrutamos. Las vueltas son más duras, especialmente la última de la mañana, cuando el sol ya aprieta con fuerza y estamos cansados de los viajes anteriores.

Trato de imaginar cómo era esto antes. La pradera donde el desierto se asienta. Pocas plantas se le resisten, y los pueblos que había antes de que la tierra se secase se han ido. Supongo que Fraguas también desaparecerá, más temprano que tarde. Me imagino a Frank, vestido con sus mejores galas, esperando que el desierto lo devore junto a la casa.

Nuestro pueblo también pierde gente que busca un lugar donde asentarse lejos del mar de arena. La mayoría aguanta hasta que sea inevitable, porque los que emigran no son bien recibidos en ninguna parte. Como dice Indivar, hay sed para todos. Sed y hambre. Nosotros somos de los que aguantaremos hasta el final, pero no porque le tengamos apego al pueblo. Para mi hermana el desierto es una puerta de emergencia, es donde huyen las brujas. En el corazón del desierto, ellas reinan. Sé que Indivar lo ha considerado. También sé que no quiere irse, pero que lo ve como una última alternativa si todo lo demás falla. Miro a lo lejos, las cambiantes olas de un amarillo desesperanzador. Espero que nunca llegue a ser necesario.

A lo lejos, sobre las dunas, distingo unas figuras que se acercan. Una de ellas, el hombre más alto, viste todo de negro, lo que resulta extraño para alguien que cruza el desierto. Debe de ser muy extravagante, o no estar muy bien de la cabeza.

—Adri, ¿ves eso?

—Sí —responde. Se detiene un momento antes de encogerse de hombros y reanuda la marcha—. Si son nómadas poco van a encontrar. Aunque si traen alimento para comerciar... ¿Has probado la fruta del dragón?

—No creo que los dragones den frutos ni que nos los podamos permitir.

—Es de un cactus. Roja por fuera y cremosa y blanca por dentro, con pintitas negras. Lo más dulce que probarás en tu vida.

A veces me encuentro tratando de recordar cómo eran los viajes antes de que Adri y yo nos hablásemos. Creo que no podría volver a acostumbrarme al silencio, a la pesadez de una pedalada tras otra, sin otra cosa en la que centrarme que mis propios pensamientos o el calor del desierto.

Nos turnamos para coger el agua de la fuente vieja y nos ayudamos para enganchar bien el recipiente a las bici-